

ECOLOGÍA ▼

OPINIÓN ▼

LIBROS

ESPECTÁCULOS ▼

MÚSICA

ARTE Y DISEÑO

CINE

TRANSVERSAL

MAD DESCUBRE

RELATOS

24 AGOSTO 2025

Área de descanso



Javier Morales

El brutal silencio de los ‘triángulos rosas’ en los campos nazis



El escritor Alejandro Pedregosa. Foto: Reims.

- X
- Facebook
- LinkedIn
- WhatsApp
- m. Menéalo
- Bluesky

Escribimos para saber quiénes somos. Escribimos también para no olvidar, para cubrir un silencio: lo que no se relata, no existe. Lo estamos viendo estos meses con el genocidio de Gaza, el gobierno israelí empeñado en aniquilar toda fuente de información. Lo intuimos por los conflictos de los que ni siquiera nos enteramos, en tantos lugares de África, por ejemplo. Rescatar uno de esos olvidos del pasado, uno de esos silencios, el de los republicanos españoles deportados en Mauthausen, fue lo que en un principio espoleó al escritor **Alejandro Pedregosa** a escribir *‘Comadreja’* (Editorial Cuatro Lunas). Pero al investigar para escribir la novela se encontró con un silencio aún más poderoso, **“el silencio de los triángulos rosas (las personas homosexuales), gente que ni siquiera pudo contar su experiencia después de la guerra, porque su manera de amar seguía prohibida y represaliada en el “mundo nuevo” que vino tras la contienda”, me cuenta el autor granadino.** Conmueve “la preferencia de los médicos del campo a utilizarlos como cobayos en sus experimentos: castraciones diarias, operaciones en el cerebro, inyecciones de gasolina... La barbarie en su versión más terrible y sofisticada.

Heredera, desde la ficción, de la gran literatura de Sempurn o de Primo Levi a la hora de narrar el Holocausto, Pedregosa ha erigido una historia coral, con muchos prismas y aristas, en la que la poesía de su escritura y una prosa hipnótica alumbró uno de los episodios más oscuros de la historia de la humanidad. La memoria, la deshumanización de los campos de concentración, la complicidad, el espíritu de supervivencia pero también los pequeños gestos heroicos se encuentran en esta novela poderosa, que no deja indiferente, en la que el amor se convierte en una de las fuerzas capaces de contrarrestar a quienes habitan el mal y se empeñan en extenderlo. El testimonio del escritor Jules Cottard, uno de los protagonistas de la novela y narrador de algunas de las partes en las que se desarrolla, se convierte en un símbolo del poder de ese amor y de la necesidad de contar para que no triunfe el olvido y el silencio.

Se ha escrito mucho del Holocausto judío, pero menos del exterminio de otros colectivos, como gitanos u homosexuales, como haces tú en ‘Comadreja’. ¿Cómo surgió la idea?

Yo quería contar un silencio: el de los españoles republicanos deportados y asesinados en Mauthausen. Estaba investigando la vida de Juan Romero, el último español que había sobrevivido a aquella barbarie, y de pronto, me di de bruces con un silencio aún mayor que el de los españoles: el silencio de los triángulos rosas (las personas homosexuales), gente que ni siquiera pudo contar su experiencia después de la guerra, porque su manera de amar seguía prohibida y represaliada en el “mundo nuevo” que vino tras la contienda. Comprendí entonces que la novela debía pivotar en torno a estos dos grandes silencios históricos.

Ahora parece que Europa retrocede a pasos agigantados hacia esa época, no solo por la xenofobia, también por el odio al movimiento LGTBIQ+, ¿no?

Sin duda. Estamos regresando a lo peor del siglo XX. Los nacionalismos han vuelto a tomar la manija de la historia y corremos el riesgo de que millones de inocentes vuelvan a pagar con su vida los delirios de unos cuantos tipos poderosos. De hecho, ya está ocurriendo, el nacionalismo israelí –su ejército, su estado– está cometiendo un genocidio frente a las narices de la comunidad internacional del modo más chulesco y pornográfico imaginable. Y no pasa nada. Recordemos que las democracias europeas ya se pusieron de perfil ante el auge del nazismo y solo reaccionaron cuando fueron directamente atacadas. Llámame alarmista, pero me parece que esta peli ya la he visto.

¿Cómo ha sido el proceso de escritura? ¿Has tenido que documentarte mucho? ¿Llegaste a viajar al campo de Mauthausen, donde transcurre una parte de la historia?

Sí, documentación he tenido que manejar mucha, claro, pero se ha tratado de un proceso muy instructivo. Luego, como ya sabes, hay que discriminar. En los procesos de documentación tienen tanta importancia los materiales que desechas como los que utilizas. A lo mejor la novela solo requiere una frase sobre un tema concreto, pero esa frase solo será la adecuada si se sostiene sobre un amazón invisible en el que van todos los datos y detalles descartados previamente. En ese sentido, la documentación se parece bastante a escribir un poema. No se trata de exponer lo que se siente (contar lo que se sabe), sino de concentrarlo para que explote en la cabeza del lector. Y no, no estuve en Mauthausen;afortunadamente, la información en libros y documentales es tan exhaustiva que te permite hacer una novela como esta sin la necesidad del acto presencial.

Me ha encantado la estructura del libro. Con una primera parte, narrada por Jules Cottard, que tiene un comienzo soberbio: “Perderlo todo. No es fácil perderlo todo”. Inevitablemente, esta primera parte me ha llevado a pensar en ‘Si esto es un hombre’, de Primo Levi, y ‘La escritura o la vida’, de Sempurn. ¿Los tuviste en cuenta, antes de comenzar a escribir? En su novela autobiográfica, Sempurn habla de la dificultad de escribir sobre la vida en los campos de concentración.

Sí, claro. La sombra de estos dos grandísimos escritores estaba siempre sobrevolándome, pero de una manera plácida, sin ejercer presión ninguna. Porque lo que yo estaba escribiendo era ficción, muy pegada a la vida y al sufrimiento, pero ficción. Lo de Sempurn y Primo Levi era otra cosa: supervivencia, necesidad, historia...

‘186 escalones’ habría sido también otro buen título, ¿no?

Pues sí, un magnífico título en el que no he reparado hasta ahora que lo nombros. El título de *Comadreja* surgió del propio desarrollo narrativo de la novela. Es un personaje quien se inventa ese eufemismo para referirse a los homosexuales. Tiene que ver con la naturaleza de las comadreas, que viven en la periferia del bosque (del mundo) y que son seres ágiles y huidizos por miedo a los grandes depredadores.

Dentro de los campos había también clases. Uno perdía la dignidad como humano y trataba de sobrevivir como fuera. Pero también había solidaridad, empatía, como en el caso de Manolo, el compañero comunista de Jules. Aun así, Manolo no trataría a Jules de la misma manera de conocer que era homosexual, una comadreja, ¿no?

Claro, en los campos de concentración el último peldaño de la infamia estaba reservado para los judíos, a los que la barbarie nazi quiso exterminar, pero en el peldaño anterior, en el penúltimo, estaban los triángulos rosas, que no contaban con esa posible solidaridad interna. Eran los apestados, los manicones, los depravados, porque –y esto es lo terrible del asunto– la homofobia era un elemento transversal a víctimas y verdugos.

Es muy interesante también el papel de algunas mujeres francesas que se acostaron con oficiales alemanes. Al acabar la guerra, se las tildó de colaboradoras. Aunque no queda claro que lo fueran del todo.

Los poderosos diseñan y ejecutan las guerras en beneficio propio. De eso ya no hay duda ninguna. Pero la guerra supone la mayor distorsión en la vida de las personas comunes, las que no tienen posibilidades de ejercer ningún poder sobre el entorno. Quiero decir con esto que, cuando te cambian el tablero de vida, cuando le dan la vuelta al mapa, cada uno intenta salvarse como puede. Y más aún en el caso de las mujeres, a quienes la sociedad colocaba (y a pesar de los esfuerzos todavía coloca) en los espacios más frágiles, donde la supervivencia es más agónica.

La novela tiene muchas capas y la segunda parte, narrada en tercera persona, pone el foco en Juana la Churra, una mujer humilde, de un pequeño pueblo andaluz, que amamantó a Jules cuando era un bebé. El clasismo de la España de entonces, la represión franquista con los perdedores, todo eso está ahí, en la vida de Juana, y lo narras como si fuera una pesadilla, insinuada, más que como algo explícito.

No sé si la mejor, pero una manera muy efectiva de hacer aflorar las vilezas de una sociedad es, sencillamente, contar el día a día de una persona común. Cuando el mundo que se habita es miserable, como lo era la España de posguerra, no hay que hacer sino estar atento a los detalles. Son ellos quienes provocan el vértigo, la náusea, la indignación.

Juana aprende las cuatro letras para poder comunicarse con Jules. Es una España, de nuevo, que nos parece lejana, pero a la que muchos quieren volver, sobre todo los jóvenes, que ni siquiera conocieron el franquismo.

Cierto, forma parte de esa involución en la que estamos inmersos. Yo me he encontrado a chavales de 15 años que, sin más argumentos que su fervor juvenil, manifiestan que en España hace falta una dictadura como la de Franco. También te digo lo contrario. Yo voy mucho por IES hablando de *Comadreja*. Les cuento con proyecciones la historia de los españoles en Mauthausen y la de los triángulos rosas. Cuando termina la charla, están sobrecogidos. Les suelo preguntar con naturalidad, sin el menor atisbo de tensión, si, después de lo que hemos visto, todavía les hace gracia eso de levantar el brazo y defender a Franco. Hasta el momento nadie ha contestado que sí.

Mientras que el tono de la primera parte es más confesional, en esta segunda parte es mucho más lírico.

En efecto, más allá de Juana La Churra hay un protagonista invisible en esta segunda parte: el coloquialismo de las hablas andaluzas. Yo quería que el lector escuchase de la manera más natural (y literal) posible la voz de los humillados, de la gente pobre a quien la historia se lleva por delante sin dejar el más mínimo recuerdo. La miseria andaluza de la posguerra tenía sus voces y yo he intentado recuperar una de entre millones. Y en cuanto al lirismo, tienes toda la razón; resulta que una de los principales características de las hablas andaluzas es el lirismo, junto con la ironía y la hipérbole. Tendemos a lo poético. Un hablante popular no está “despistado” sino “ennortao” (desnortado: sin norte). Tendemos a generar imágenes.

También lo es en la tercera parte, la fábula de Marcel y los animales, que se lee casi como una novela policiaca. Donde de nuevo aparece el estigma de la homosexualidad, cómo en los campos de concentración llevaban un triángulo rosa para distinguirlo del resto. No tenían la consideración de los judíos, que directamente estaban condenados a muerte, pero casi.

Como te decía más arriba, los triángulos rosas no contaban con la solidaridad del resto de deportados, en ese sentido era uno apestados; pero más allá de ese terrible inconveniente, tenían que lidiar con dos realidades más crudas todavía: la violencia sexual de los capos –las violaciones eran constantes– y, sobre todo, la preferencia de los médicos del campo a utilizarlos como cobayos en sus experimentos. Castraciones diarias, operaciones en el cerebro, inyecciones de gasolina... La barbarie en su versión más terrible y sofisticada.

Regresas a la primera persona, con Jules, en la última y cuarta parte, donde se acaba de hilar toda la historia. Una novela que, como señalas al comienzo, en torno al amor, al amor incondicional.

Sí, porque ciertamente, tal y como venimos comentando, es una novela dura, donde el sufrimiento de las víctimas está a cinco centímetros de la cámara, pero, por otro lado, y esto es algo que muchos lectores señalan, se trata también de una historia de luz, donde los seres humanos se alían para intentar escapar o sobreponerse a la infamia de los torturadores. Es una novela de amor en el sentido más amplio del término. Amor sentimental, claro, pero también filial, humanista, fraternal... Bueno, o al menos esa es su vocación.

Relacionado



El silencio de una biblioteca, el paseo sin ruido de Robert Walser
17/11/2019
En «Área de descanso»



‘Vivo sin vivir en mí’: Llamazares se funde con San Juan de la Cruz
01/03/2022
En «Arte y Diseño»



Jon Bilbao: historias de ‘raros’ que buscan silencio y soledad
28/06/2018
En «Libros»

Palabras relacionadas
Alejandro Pedregosa, Comadreja, el silencio de los triángulos rosas.

SOBRE EL AUTOR



Javier Morales

Narrador y profesor de escritura creativa. Autor de novelas, ensayos y libros de relatos. Creo que hay pocas cosas que aporten tanto sosiego y que enriquezcan tanto como leer al cobijo de un árbol, en medio del bosque. En silencio. De eso escribo en Área de Descanso.

Puedes seguirme en: @javiermorales en Bluesky

¿Quieres leer más artículos de este autor?



© 2012 – 2025 elasombrario.com – todos los derechos reservados

Aviso Legal
Política de privacidad
Información sobre cookies

Contacto
Publicidad en El Asombrario
Colaboradores

Utilizamos cookies

Hola, utilizamos cookies

Este sitio web utiliza cookies esenciales para garantizar su correcto funcionamiento y cookies de seguimiento para comprender cómo interactúa con él.

Acepto

Configurar

